

Problemas de la Historia de la Filosofía

(Del libro en preparación: "Los Problemas de la Filosofía".

En colaboración con el Dr. Isaías García.)

Por RICAURTE SOLER

En la discusión relativa a los problemas del conocimiento hablamos anticipado que podría considerarse el realismo, con su implicación ontológica materialista, y el idealismo, con su implicación ontológica espiritualista, como las direcciones filosóficas fundamentales. Estas perspectivas filosóficas no se limitan, sin embargo, a los problemas ontológicos y gnoseológicos, sino que se proyectan, igualmente, en la consideración de los problemas relativos a la Historia de la Filosofía. En consecuencia, también del devenir histórico de la filosofía se puede tener una visión idealista o una visión materialista.

En primera instancia se podría, pues, afirmar que la irreductible oposición de estas tendencias trasciende el marco de los problemas gnoseológicos para proyectarse en la consideración misma de lo que es la filosofía y de lo que es su historia. Nos enfrentamos, ya desde el planteamiento mismo del problema, con una concepción idealista y con una concepción materialista de la filosofía y de su historia, de sus temas y problemas. Esquemáticamente podría caracterizarse la concepción idealista como la perspectiva de la Historia de la Filosofía que responde al postulado de que la evolución del pensamiento filosófico depende del pensamiento filosófico mismo. Los temas, problemas y planteamientos filosóficos aparecidos en su transcurrir histórico se estructurarían en función de la conciencia filosófica del hombre en su incesante preguntarse acerca de la realidad y acerca de su posición y conocimiento de esa realidad. La

visión materialista de la historia de la filosofía, por el contrario, parte de la premisa de que el pensamiento filosófico depende de —esta condicionado por— la conciencia del hombre en cuanto esta conciencia refleja su proceso histórico de adaptación y dominio de la realidad exterior. Temas y problemas filosóficos, en su transcurrir histórico, se encuentran, pues, condicionados por la actividad práctica del hombre; su conciencia filosófica deriva, a la vez que incide, sobre lo real exterior, pues sobre lo real exterior se constituye y sobre lo real exterior se proyecta en un movimiento recíproco e ininterrumpido.

La perspectiva idealista de la historia de la filosofía la encontramos ya en la afirmación aristotélica de que la filosofía surge del asombro.

El hombre, desde este punto de vista, se asombra, se extraña frente a ciertos fenómenos e inquiete sobre su razón de ser. En ese extrañarse, y en la "pregunta" que conlleva, radica el origen del filosofar.

LA PERSPECTIVA IDEALISTA DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA

La historia de la filosofía no sería así más que la historia de las preguntas, y respuestas, de los diferentes filósofos que se han asombrado y "extrañado" frente a la realidad de lo existente.

El planteamiento enunciado es indiscutiblemente idealista. El origen del filosofar, y por tanto la historia misma del filosofar, se la hace derivar de la sola conciencia del hombre, y aún más concretamente, de su **conciencia psicológica**, puesto que el asombro es, en definitiva, un fenómeno psicológico. Este enunciado, que pudo satisfacer las concepciones historiográficas del hombre antiguo resulta incompatible con las exigencias teóricas del hombre moderno y contemporáneo. De ahí que, desde el interior de la misma perspectiva idealista, otras concepciones y enunciados se hayan abierto cauce.

Puede considerarse a Hegel como el fundador de la Historia de la Filosofía en tanto que disciplina científica. Su "Historia de la Filosofía" está, sin embargo, tan estrechamente vinculada a las estructuras de su sistema que se hace imprescindible comprender, dentro del cuadro del pensamiento

LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA COMO EXPRESION DE LA HISTORIA DEL ESPIRITU

filosófico hegeliano, sus particulares concepciones en torno a la Historia de la filosofía.

Para Hegel, toda realidad no es más que expresión, manifestación o momento de una realidad absoluta e incondicionada. Esta realidad no es otra cosa que una Idea absoluta —empleando otra terminología diríamos que se trata de un Dios, por divino, absoluto e incondicionado—. Pero esa Idea absoluta no es estática, se trata de una Idea o Dios que evoluciona, que da origen a un desarrollo. Todo desarrollo implica la negación de la identidad, pues es sólo idéntico a sí mismo lo que no cambia, o al revés, sólo cambia lo que en sí contiene la negación de sí mismo (lo que contiene la **contradicción** consigo mismo). De manera, pues, que la Idea absoluta no es idéntica a sí misma, puesto que cambia, puesto que se desarrolla. Según Hegel, uno de los momentos de este cambio, de este desarrollo, es la naturaleza, el mundo material. Y otro momento es el espíritu, la conciencia. La filosofía es, precisamente, la manifestación suprema del espíritu; la conciencia filosófica sería la manifestación suprema de la conciencia. Esta conciencia filosófica, por supuesto, es la conciencia del desarrollo de la Idea absoluta, o en otras palabras, la Idea absoluta, en su desarrollo, desemboca en la conciencia de su desarrollo, en la autoconciencia de su desarrollo, en la filosofía.

Para Hegel, pues, la filosofía es la culminación del desarrollo de la Idea absoluta, la conciencia que toma la Idea absoluta de haberse desarrollado, la autoconciencia de sí misma y de su propio desarrollo. Desde este punto de vista la Historia de la filosofía es la historia del proceso a través del cual se llegó a esta conciencia del desarrollo de la Idea absoluta. La Historia de la filosofía es la historia de algo histórico, de algo que se desarrolla, como la Idea absoluta se desarrolla. Pero este desarrollo tiene una culminación. La Idea absoluta cobra plena conciencia de su desarrollo, según Hegel, en la filosofía del propio Hegel, puesto que es Hegel quien hace este descubrimiento. De esta manera la Historia de la filosofía, que no es otra cosa que la historia de este autodescubrimiento en Hegel, de la Idea absoluta, habría de culminar también en Hegel. La historia de la filosofía, de los griegos a Hegel no es sino la historia de este autodescubrimiento.

Independientemente de las elucubraciones hegelianas sobre la Idea absoluta, que quizás se nos antojen un tanto extrañas, lo cierto es que Hegel introduce, en cuanto a la concepción de lo que es la Historia de la filosofía, un enunciado particularmente importante, a saber: la Historia de la filosofía es la historia de un **desarrollo**. En Hegel, la historia de este desarrollo no es más que la expresión del desarrollo de la conciencia. Su enfoque de la Historia de la filosofía es, por ello, un enfoque idealista. Pero su descubrimiento de que la filosofía es un desarrollo ha permitido considerarla como el resultado de un proceso, de un **proceso histórico**. Este enunciado implica un evidente progreso, en comparación con la Historia de la filosofía como historia de las preguntas y respuestas del hombre que se "asombra".

Los historiadores de la filosofía posteriores a Hegel, con algunas excepciones, han rechazado la fundamentación metafísica propiamente hegeliana (la Idea absoluta que se desarrolla) pero han conservado la premisa idealista de que el proceso histórico - filosófico se estructura, fundamentalmente, en función de una conciencia filosófica cuya razón de ser radica en sí misma.

**LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA
COMO EXPRESION DE LAS
VIRTUALIDADES DE LA
CONCIENCIA.**

Desde este punto de vista la historia de la filosofía es la expresión de la historia de los pensamientos y sistemas filosóficos propiamente tales. Dicho de otra manera, la historia de la filosofía sería la expresión, en el plano filosófico, de las posibilidades o virtualidades de la conciencia. Estas expresiones filosóficas ponen de manifiesto un enriquecimiento de la conciencia del hombre, de ahí que la historia de la filosofía habría de registrar, preferentemente, aquellos pensamientos y sistemas filosóficos que efectivamente constituyen aportes (originalidad), nuevas perspectivas, manifestaciones inéditas de la conciencia filosófica.

La historia de la filosofía desde esta perspectiva presenta el interés de que no se la hace terminar, como en Hegel, en un filósofo o sistema filosófico determinado. Pues en el caso contrario, es decir en el caso de que la historia de la filosofía sea enfocada desde el punto de vista de la "verdad" de un filósofo o sistema filosófico, esa misma historia del pensamiento filosófico quedaría reducida a una mera "comparación con la verdad o sistema filosófico que se

prohija. Es por ello que presenta mayor interés la historia de la filosofía enfocada desde una corriente o tendencia que explique su propia aparición histórica y que explique la aparición de otras corrientes en el pasado o, en sus líneas generales, en el futuro. La posición que considera la Historia de la filosofía como expresión de las posibilidades o virtualidades de la conciencia presenta esa ventaja. Pero esa misma posición implica o exige, como en Hegel, una fundamentación idealista que permitirá, al menos, no detener el curso histórico de la filosofía en un momento determinado.

Precisa señalar una última característica de esta concepción, que también podríamos denominar **inmanente**, de la historia de la filosofía. Y es que, efectivamente, esta historia de la filosofía supone que una **lógica interna**, inmanente, se observa a través del devenir histórico-filosófico. Una idea filosófica, un problema filosófico, un sistema filosófico dan origen a nuevas ideas, problemas y sistemas filosóficos. Lo nuevo que aparece en la Historia de la filosofía es explicado como ampliación, desarrollo, reelaboración y aún, oposición, de las nuevas ideas en comparación con las ideas y sistemas del pasado. Pero, es claro, el cambio histórico es siempre de ideas y pensamientos que se explican unos en función de otros. Algunos historiadores de la filosofía, Windelband por ejemplo, nos trazan una historia de la filosofía en que los problemas y sistemas se encuentran íntimamente engarzados los unos con los otros. Toda posible motivación, condicionamiento o determinación del pensamiento a partir de realidades no filosóficas —económicas, sociales, políticas, etc. — se encuentra radicalmente negada. La historia de la filosofía se nos presenta así, en su sentido más estricto, como la historia del pensamiento filosófico mismo. Es evidente que esta posición comporta una invitación, explícita o implícita; esa invitación sugiere que, puesto que la Historia de la filosofía es la expresión de las inagotables virtualidades de la conciencia, la tarea permanente del filosofar consiste —y a esto nos invita— en el enriquecimiento constante y progresivo de la conciencia a través del descubrimiento de nuevas e inéditas perspectivas filosóficas.

Una diferente concepción de la Historia de la filosofía se desprende de la dirección materialista. Esta posición, como anteriormente señalábamos, parte de la premisa de

que el espíritu, la conciencia, es una expresión del mundo real, exterior al pensamiento. Desde este punto de vista la historia de la conciencia, y por tanto la historia de la filosofía, no puede desligarse del proceso histórico mismo de lo real exterior al pensamiento. La conciencia, y por tanto la filosofía, son expresiones, en determinadas coyunturas históricas, de la actividad práctica del hombre en su enfrentamiento con el mundo material. Esa actividad práctica adquiere diferentes modalidades —económicas, sociales, políticas— y la conciencia filosófica se configura en estrecha correspondencia con esas modalidades de la actividad práctica del hombre.

LA PERSPECTIVA MATERIALISTA DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

La posición materialista frente al problema de la historia de la filosofía considera también, como la idealista, que el filosofar implica un desarrollo histórico, pero ese desarrollo del filosofar no se basta a sí mismo, no se explica por sí mismo; muy por el contrario ese desarrollo responde a las exigencias de la actividad práctica del hombre en su proceso de adaptación y dominio del mundo real, exterior a la conciencia. El proceso histórico del filosofar está pues condicionado por un mundo real no reductible a la conciencia que lo concibe o al pensamiento que lo piensa. Lo no racional, o mejor todavía, lo no mental, adquiere así, para esta posición, un valor fundamental, una preeminencia radical.

La posición materialista frente al problema de la historia de la filosofía considera también, como la idealista, que el filosofar implica un desarrollo histórico, pero ese desarrollo del filosofar no se basta a sí mismo, no se explica por sí mismo; muy por el contrario ese desarrollo responde a las exigencias de la actividad práctica del hombre en su proceso de adaptación y dominio del mundo real, exterior a la conciencia. El proceso histórico del filosofar está pues condicionado por un mundo real no reductible a la conciencia que lo concibe o al pensamiento que lo piensa. Lo no racional, o mejor todavía, lo no mental, adquiere así, para esta posición, un valor fundamental, una preeminencia radical.

La correcta inteligencia de la interpretación materialista de la historia de la filosofía reclama todavía otra precisión. Si bien es cierto que la conciencia, que la conciencia filosófica en particular, es una manifestación del proceso histórico real; y de la actividad del hombre frente a ese proceso histórico real, no es menos cierto que esas manifestaciones, en modo alguno, pueden considerarse como meros reflejos pasivos, sin eficacia alguna. Para la interpretación materialista, la conciencia filosófica correcta orienta decididamente la actividad práctica del hombre en su proceso de adaptación y dominio no sólo de la realidad natural, sino también en su proceso de adaptación y dominio del mismo mundo cultural —económico, social y político— creado por el hombre. Pero hay más todavía; los mismos errores, la conciencia filosófica falsa, la "falsa conciencia", que tiene también un devenir, incide, negativamente, sobre la

actividad práctica del hombre. Desde este punto de vista la interpretación realista de la historia de la filosofía contiene una teoría del error, comprendida dentro de la teoría de la **ideología**.

El término "ideología" adquiere categoría filosófica con Destutt de Tracy, filósofo francés muy influyente a principios del siglo XIX, no sólo en Francia, sino inclu-

FILOSOFIA E IDEOLOGIA

so en Hispanoamérica. Para Destutt de Tracy la "ideología" era la ciencia suprema, fundamental, que investigaba la génesis y formación de las ideas —de ahí el término de "ideología". Puesto que toda ciencia, según Destutt de Tracy, se estructura sobre la base de ideas, y no es en el fondo más que una sistematización de ideas, la ciencia de las ciencias, es decir, la ciencia que las contiene todas, sería la ciencia de las ideas: la Ideología.

El término "ideología" adquirió muy pronto una significación diversa, pasando a designar, con el materialismo dialéctico, toda corriente de pensamiento —económico, social, político, religioso, filosófico, etc.— que no hace sino expresar, las más de las veces de manera inconsciente, los particulares intereses de las clases sociales que se enfrentan en el escenario histórico. Desde este punto de vista la ideología es una expresión de la actividad práctica —económica, social y política— del hombre, pero se trata de una expresión limitada, muchas veces incorrecta, puesto que responde al punto de vista interesado de los grupos sociales en pugna. Así, por ejemplo, si durante la Edad Media el conocimiento filosófico, y aún científico, estaba supeditado a la teología, esta circunstancia obedece a que el clero, miembro de la clase feudal dominante, encontraba en la teología la justificación de su preeminencia social y política. Las formas del pensamiento teológico medieval serían, pues, formas **ideológicas** a través de las cuales se sanciona y justifica una determinada estructura económica y social. Si durante la época moderna encontramos una progresiva decadencia de la teología, como forma dominante del conocimiento, y una progresiva independencia de la filosofía y de la ciencia frente a la teología, este fenómeno obedecería a la circunstancia de que el clero y la clase feudal, otrora dominante, se encuentra históricamente en decadencia, al punto de ceder su lugar al "tercer estado" que sobre ella triunfa definitivamente con la Revolución Fran-

cesa. Ahora bien, éste "tercer estado" no puede aceptar la "ideología" de la clase social que combate; por ella nuevas formas ideológicas, cónsonas con las nuevas realidades económico-sociales, reemplazan las viejas formas ideológicas que justificaban las caducas estructuras económico-sociales del feudalismo.

Las evidentes implicaciones gnoseológicas del concepto de ideología lo ha convertido en uno de los temas centrales de la discusión filosófica contemporánea. Sobre la base de esta discusión, y sobre la base del concepto de ideología, hoy se ha fundado, partiendo también de premisas realistas o idealistas, una nueva disciplina científica: la Sociología del Conocimiento, es decir, la disciplina que investiga la proyección en el conocimiento, incluso el conocimiento filosófico, de las realidades y estructuras sociales.

Como hemos visto, la historia de la filosofía puede enfocarse desde un punto de vista materialista o desde un punto de vista idealista. La posición materialista que acabamos de caracterizar, supone también, como la idealista, que la Historia de la Filosofía implica un enriquecimiento progresivo del espíritu, de la conciencia. Pero este enriquecimiento no deriva de las posibilidades mismas de la conciencia sino más bien de la riqueza infinita del contenido, de lo concreto, de lo real exterior al pensamiento y a la conciencia, pero que se proyecta —su riqueza incluso— sobre el pensamiento y sobre la conciencia misma. El enfoque materialista de la historia de la filosofía comporta también, como el enfoque idealista, una invitación, tácita o expresa. La posición idealista nos invita al enriquecimiento progresivo de la conciencia mediante la actualización de las virtualidades que son inherentes a la conciencia misma. La posición materialista nos invita al enriquecimiento progresivo de la conciencia mediante una actividad práctica que reflejará en el espíritu la riqueza infinita de lo real sometido a su conocimiento y a su dominio.